

# La magia de Casandra, otro origen para nuestras narrativas



*Horacio Bilbao (UNPAZ)*

Era en abril, en el fragor de la gran marcha universitaria, cuando le dije a mi amigo Fernando que ahora sí podíamos ver el futuro. Que todos esos pibes y pibas empezaban a cocinar nuestra propia versión del efecto Casandra, que por primera vez las voces de la universidad conurbana se sumaban al rugido de las calles. Asintió y se dejó arrastrar por la marea humana. Comprendo, las mías eran palabras disparatadas. Surgidas tal vez porque el mitómano que llaman Peluca bardea seguido que “no la ven” y porque el lenguaje mitológico, oscurantista, se abre camino en el caos vernáculo de la mano de El jefe. Asociación libre: unos días después volví al mejor Bruce Willis, el de *Doce monos* (abrazo para Bruce que está en la mala). El y Brad Pitt brillan en esa historia con la que Terry Gillian homenajea a *La jetée*. Hay mucho viaje al futuro. Cuestiones del subconsciente, dirán. Y aparece Casandra, con sus poderes, sus locuras, sus futuros. Otra vez enlacé con los slogans del mitómano enceguecedor. Ver o no ver, ¿de eso se trata?

De pronto, los memes con leoncitos, las cadenas nacionales para mentirnos que vamos ganando (Déjà vu Malvinas), los rugidos superficiales para sobreactuar que hasta una gran marcha en contra le juega a favor, se devaluaron frente a mi Casandra (interpretación libre de la gran gesta del 23A). Al tipo se le aguaba la magia, se le veían los hilos en el hotel Llao Llao, en un viajecito al imperio, en un discurso atragantado con estadísticas alucinógenas. No es para subestimar, claro, todavía el líder showman, su hermana bruja y un gabinete de falsos ilusionistas tejen hechizos retóricos mientras pavimentan un su-

puesto camino hacia una libertad que consiste en la entrega absoluta de la poca soberanía que queda. Paradojal. Y triste, porque mucha gente hace sacrificios en nombre de esa libertad. Con trucos malos se roban también el prestigio y la buena reputación que asociamos a la palabra libertad. Y consiguen sacrificios por el libre mercado, que todos sabemos que no es libre. Les digo un secreto, no hay magia, sí una combinación insidiosa de factores históricos, psicológicos, emocionales, culturales, políticos y tecnológicos que modulan la percepción de los hechos, de las medidas de gobierno, del horizonte de futuros posibles. Nunca fue magia.

¿Pero cómo puede alguien que promete incertidumbre, que vende sacrificios generar significado, adhesiones? El pasado reciente, el caos, la desesperación y la ausencia de alternativas alimentan su relato vacío. Con un proyecto económico dictado por el poder real, con narrativas en memes que fluyen por X, Tik Tok o Youtube, con IA generativas que lo pintan león, el mago la juega de valiente. Eso sí, apenas lo apuran, te manda la patota, su ejército pago de trolls, o el área policial del Estado. Ahí no hay recortes. El mago, en verdad, no serrucha a la mujer de la caja ni arregla la economía. Simula que lo hace mientras favorece a los de siempre. ¿No me digas? Estos trucos ya los vimos, nunca actuados con tanto desparpajo ni violencia. Las ideas que repite como un loro estocástico son viejas, pese a los tuneos digitales. Dice hablar con dios, apela a una divinidad mística y juega con el infierno sonrojando a Dante con sus expresiones superficiales, con su stand up previsible. ¿Para decir esas boludeces se conecta con el más allá? Perfecto, con todo eso alimentamos a nuestra Casandra, que como se vio en la calle puede rugir de verdad. Y volver a narrar.

Si el susodicho puede proyectar sus visiones es porque el lenguaje está roto. Puede inventar un lenguaje a lo John Wilkins, total todo es abstracto, absurdo, arbitrario. Triple A. No importan la historia ni los conceptos. De ahora en más, Geniol es comunista y occidente, amenazado, vive bajo el socialismo. Semejantes disparates le sirven para alimentar sus fantasías disruptoras. Rompamos todo, como con Billy Bond. La imaginación al poder, pero con otros fines, con los fines más rancios y conservadores disfrazados de libertad. “¡Oh imaginación que tienes el poder de imponerte a nuestras facultades y a nuestra voluntad y de arrebatarnos a un mundo interior...! tanto que si sonaran mil trompetas no nos daríamos cuenta”, nos diría Dante. Visiones, perros que hablan, fantasmas de Hayek, Von Mises y Friedman enquistados en las fuerzas del cielo le escriben su guión de showman infantil. No hay ciencia allí, pero ya lo ha dicho, la economía no es una ciencia exacta. Una sociedad sometida al animismo de las probabilidades.

Frente al falso mago, Casandra. Para ver otro tipo de locuras, las necesarias. Cada vez que la nombro tarareo la de Sui Generis: “Les contaste un cuento sabiéndolo contar, y creyeron que tu alma andaba mal...”. La narradora a la que se refiere Charly en su canción “El tuerto y los ciegos” es una Casandra local, espejada en el mito griego que durante siglos inspiró a escritores, políticos, músicos, cineastas y filósofos. En el trasfondo está la locura, tan bien representada por Bruce, tan bien abordada por Charly, tan tristemente encarnada por el presidente de un país en ruinas. Pero no tenemos por qué asumir el síndrome de Casandra, acá la resignificamos, defendemos la locura como instancia creativa,

su imán, su belleza (que no tiene nada que ver con la demencia que diagnostican a Bruce, esa es triste, ni con los raptos psicóticos del autollamado libertario, esa es sádica y oportunista).

Esta locura surge de un mito, de cuando Apolo dotó a Casandra con el don de la profecía. Futuro. Cuando ella le propinó su primer no al engreído Apolo, este hizo que sus predicciones parecieran locuras. Desde la caída de Troya hasta acá, Casandra alerta y alerta, pero sus profecías siempre son desacreditadas. Delirios, puentes abruptos entre indistinguibles ficciones y realidades. Alerta Bruce en *Doce monos*, alerta Charly García, también Rodolfo Walsh y Griselda Gambaro alertan. Qué duda cabe, ellos aprendieron a escuchar, los buenos artistas siempre llevan sus sentidos más allá. Tuerdos entre ciegos. Llamado urgente a estar alertas, que pocos escuchamos. Aviso de incendio, diría Benjamin. ¿Dónde están nuestras Casandras revolucionarias? ¿Hay que escuchar, hay que tocar, más que ver?

Ahora que los derechos volvieron al ágora pública cargados de falsas verdades alimentadas en granjas de trolls, me gusta pensar que reaparece una Casandra latinoamericana, revolucionaria, agazapada ahí para que podamos escribir otro cuento, para que podamos cantar otra historia. Los neorreaccionarios manejan muy bien el cálculo de probabilidades, la planilla Excel y los modelos algorítmicos en redes comunicacionales que están en su cenit, desafiando y contaminando nuestros lenguajes (no seamos cómplices). El mito de Casandra es desafío: las predicciones automatizadas (que también son mito), pura normalidad. La magia de la normalización tecnológica hace que el conservadurismo más rancio parezca revolucionario. Ojo con quienes nos hacen los cuentos, las historias, las experiencias. Cuánto del futuro estará contenido en estas pequeñas anécdotas. “La mediocridad para algunos es normal, la locura es poder ver más allá”, dice Charly.

Charly no es la excepción. Como muchas tragedias griegas, el mito de Casandra ha sido una fuente de inspiración para artistas variopintos, para darlo vuelta como hizo Cortázar con el Minotauro. Desde el *Agamenón* de Esquilo a la *Casandra* de Christa Wolf es siempre profetizada, nunca escuchada, jamás esclava (sepan que la libertad que nos venden hoy es pura esclavitud, puro fetiche). Max Frisch la usa para advertir sobre una catástrofe inminente y Rufus Wainwright como metáfora para luchar por la verdad. Y si vieron *Doce monos*, confirmarán esa Casandra fronteriza para pensar lo real y lo irreal, la locura y la cordura. Y la idea de cuán determinado está el futuro que rodea al mito y a la filosofía y a todos nosotros en este renovado psiquiátrico (yo no quiero volverme tan loco, dice Charly).

La cosa es que la adaptación del mito en Latinoamérica tiene otra historia. Resignificación. En los setenta, la poetisa mexicana Rosario Castellanos asumió su voz como batalladora feminista, como símbolo. “Casandra de huarache: la liberación de la mujer, aquí”, tituló uno de sus escritos. Y claro, el NO de Casandra a Apolo le daba el pie. Nuestra Griselda Gambaro también construyó un personaje basado en ella. En *El don*, Mágina es una mujer clarividente que suele tirar las cartas en un pueblo costero. Los buenos augurios de Mágina no suelen corresponder con la realidad; los malos, sí. Pero pide que la escuchemos, como Charly, como Rodolfo Walsh, que la convirtió en un personaje niña de su *Operación masacre*. Con semejante historia para recuperar, para potenciar, ¿nos contentamos con la de un showman decadente que nos dice que no la vemos? Paradojas de un rumbo perdido. Contradicción histórica.

El mito es fagocitado por las culturas latinoamericanas, Casandra es una metáfora de la lucha, de denuncia. Casandra es un personaje valiente y desafiante en un mundo cómplice de la mentira y la opresión. Otra mística, nuestras propias Casandras, inspiradas en estas subversiones de la cultura sudaca. Los ciegos, los tuertos, los marginados, los orcos que no la vemos en busca de un lenguaje y de las alternativas para frenar semejante maquinaria de opresión, disfrazada de libertad. La memoria colectiva, la experiencia, las artes (entre las cuales debe renacer el arte de la política) y también las tecnologías para revelar y rebelar. (El problema de la memoria ligado a la experiencia es central desde que estamos inundados por imágenes prefabricadas. La memoria está cubierta por capas de imágenes y tal vez por eso no la vemos).

Es cierto que también Nixon tuvo su Casandra durante el Watergate, pero la historia demora las reivindicaciones, las justicias. En 2022, 50 pirulos después del caso preferido del periodismo estadounidense, dos series recuperaron en rol de Martha Mitchell como primera denunciante (La pueden ver en *Gaslit*, con Julia Roberts y Sean Penn; o en *The Martha Mitchell Effect*) Hasta hay una banda que se hace llamar Cassandra complex, y uno de sus discos, fácil de adivinar, se titula Nixon (vean la lista de temas). Es cierto que Nietzsche, Derrida, Simone de Beauvoir, Foucault han pensado y hablado sobre el mito para cuestionar el poder, pero acá Charly, Griselda, Rodolfo... lo traen a la vida cotidiana.

Como Prometeo, Pandora, Dedalus, a Casandra también se la usa para pensar nuestra relación con la tecnología. Y ahora que tenemos un presidente tecnócrata, ladero de galperines y elons muskes, también vale para pensar la política, el Estado, que después de todo siempre pueden verse como tecnologías. Todo eso ha ido a parar al cine, a la música, al streaming, como vimos. En *Doce monos*, Bruce Willis viaja a través del tiempo para detener la liberación de un virus mortal. El bueno de Bruce, dirán, padece el síndrome de Casandra. Analogías.

Sobran causas y azares para trazar analogías y a la vez despegarse del mito, pero lo nuestro es el futuro. La figura de Casandra, retomada en muchas obras de ficción apocalíptica, en nuestros territorios se vuelve llamado a la acción, al ejercicio de la voluntad frente a tantos determinismos ciegos, tuertos. Es una Casandra terrenal la nuestra, que representa la idea de una acción audaz e independiente, que desafía las normas divinas (el poder real, la concentración de tecnologías, la deuda eterna, la explotación normalizada, el extractivismo voraz, el robo de conceptos como el de libertad, la celebración obscena de los ricachones usureros y evasores). La verdad no es escuchada porque nadie cree que haya verdad, verdades.

Charly creyó, Rodolfo Walsh también. Ambos la usaron como herramienta de denuncia, para poner en evidencia los fusilamientos de León Suárez, por ejemplo, porque hay fusilados que viven. Y en su búsqueda te guía una nena, te alienta a vencer las barreras, es una linda imagen la de los niños Casandras, los jóvenes Casandras, como en la marcha de abril. Canciones y libros de denuncia y de acción contra la impunidad. Cuentos, narraciones, historia para recuperar con otra mirada de lo (im)predecible, con otro lenguaje, con otro recorrido que permite ciertas locuras, incorrecciones, desafíos, rebeliones. Azares.

Veamos si no, lo que ocurre hoy en el campo de la inteligencia artificial. Me animaría a decir que es lo contrario al efecto Casandra. Los sistemas de IA se basan en datos para hacer predicciones sobre acontecimientos futuros, pero esas predicciones reflejan la información con la que fueron entrenados. Si los datos están sesgados o incompletos, las predicciones del sistema serán erróneas. No hay objetividad ni imparcialidad posible, son tan neutrales como los humanos que las diseñan e interpretan. Y en general, a través de empresas cada vez más concentradas, vemos que los resultados son conservadores, deterministas, refuerzan las desigualdades existentes, perpetúan discriminaciones, atorán futuros posibles al margen del canon y la racionalidad digitalizada.

No es que nosotros seamos muy diferentes. Piensen en el ejercicio de esta nota, en cómo fui a buscar a mi archivo de experiencias algunos datos e historias que luego debí completar, chequear, corregir. Fui a una marcha histórica, me encontré con amigos, imaginé millones de Casandras, me llegó una vieja canción como ramalazo, volví a ver una película por Bruce Willis, a pensar en Walsh, en Gambaro asociando nombres y referencias a la frasesista provocadora de un presidente cínico. No la ven. Un hilo conductor basado en mi experiencia, en mi historia, en mis complejidades, limitaciones y simplezas. ¿Pueden ver la diferencia? Hay territorio, historia, experiencias quizá irrelevantes, hay narrativa. ¿Construiremos Casandras, locuras, rebeliones, futuros? ¿O nos quedaremos con las pequeñas anécdotas sobre las instituciones que supimos entregar? Bienvenidas, Casandras.